

OTRA VEZ EL VIETNAM

DURANTE cinco días de la última semana de diciembre, los aviones de bombardeo de los Estados Unidos han llevado a cabo una extensa operación de castigo sobre la República Democrática de Vietnam con una intención que se ha aclarado, salvo la antigua y habitual justificación de «proteger las vidas de los soldados norteamericanos», vidas que resultarán mucho mejor protegidas cuando estos soldados regresen a sus casas. Se entiende, por los precedentes, que el alcance militar de esta operación puede ser el de mejorar la situación en Laos y Camboya, donde las fuerzas guerrilleras dominan. Los precedentes, también, indican que esta clase de represalias o de operaciones preventivas no han dado nunca un resultado práctico. Los bombardeos sobre Vietnam del Norte fueron abandonados en 1968 por decisión de Johnson en parte, como gesto de «buena voluntad» para buscar un fin político de la guerra mediante las conversaciones de París con los representantes de Vietnam del Norte —luego, con el frente de liberación—, pero sólo en parte; principalmente, porque en el terreno de batalla no habían resultado eficaces.

EN cambio, han suscitado de nuevo el tema de la guerra de Indochina, enterrado en las páginas interiores de los periódicos. El senador Fullbright ha denunciado una vez más la política agresiva de su gobierno, los veteranos de guerra se han encerrado, como protesta, en el interior de la Estatua de la Libertad, las conversaciones de París se han suspendido —las han suspendido los propios Estados Unidos, sin duda

El secretario de Estado americano, William Rogers, anuncia en una rueda de prensa que los bombardeos pueden continuar como hasta ahora, «si las circunstancias lo requieren».



para evitar que las suspendieran antes los vietnamitas— y se suscita otra vez el tema que Nixon había conseguido escamotear —hasta cierto punto— con sus promesas de vietnamización y su «retirada escalonada». En la proximidad de su viaje a Pekín —de aquí a mayo hay continuamente altos funcionarios de Estados Unidos en la capital china, negociando ya los acuerdos que Nixon firmará en su viaje—, el gesto parece incongruente. La campaña electoral del Presidente está en marcha, lo estará durante todo el año y los viajes a Pekín y a Moscú forman parte de ella: Nixon la está abordando —como la anterior— sobre la base de la era de la negociación, explotando sus nuevas relaciones de coexistencia con la URSS, el final del difícil contencioso con China y los contactos satisfactorios con sus aliados europeos, y, desde luego, la retirada de Vietnam. El salto atrás que han supuesto estos bombardeos amenaza toda la minuciosa construcción política: Si China retirase ahora su invitación a Nixon y los Estados Unidos se encontrasen, de pronto, con la ruptura de la negociación asiática, pero sin la posibilidad ya de expulsar a China de las Naciones Unidas y restaurar a Formosa, el golpe sería tan rudo que ya podría apostarse fácilmente, si se encontrara contrincante, por la pérdida de las elecciones del partido republicano y el entierro definitivo de Nixon. China no tiene el menor deseo, desde luego, de producir esa ruptura, pero quizá no tendría más remedio que llegar a ella si los bombardeos se hubiesen prolongado en la proximidad de su frontera y en un momento en que los vietnamitas parecen aproximarse a la URSS como respuesta a la nueva amistad chino-americana. Es decir, que el contexto de la situación política de los Estados Unidos con todo su complejo juego interior-exterior parece absolutamente contraria a la reanudación de los bombardeos.

ESTO puede hacer pensar si toda la operación ha sido montada precisamente contra Nixon. Hay fuerzas, de las que en Europa se llaman «ultras», que en los Estados Unidos repudian absolutamente toda la política actual, por blanda y por abandonista, que consideran que toda la línea de acontecimientos recientes —China en la ONU, viajes de Nixon, abandono de Pakistán, devaluación del dólar, preparativos para la conferencia de seguridad europea, situación del Mediterráneo— suponen una catástrofe nacional, comparable para ellos con lo que estaba sucediendo hasta el momento en que Kennedy fue asesinado (y, por cierto, una repetición de aquel suceso les situaría otra vez en el poder, al ascender a él Agnew, ultra entre los ultras, que si escolta ahora la política de Nixon es porque no tiene más remedio y porque su reelección como vicepresidente depende de ella), como si todo hubiese vuelto a lo que era antes. Sabemos la fuerza que tienen estas minorías «ultras» en un régimen como el de los Estados Unidos y cómo en un momento dado pueden forzar al Gobierno a tomar medidas y decisiones que no corresponden a la línea política que ha adoptado. Los nuevos bombardeos podrían ser su obra (como el desembarco en Bahía de los Cochinos le estalló en las manos a Kennedy, y, probablemente, el asunto de los cohetes soviéticos en Cuba, que provocó la crisis del Caribe, en contra de su línea política) para destruir la política de Nixon.

SOBRE todo, esta política sería fructífera porque el caso de las minorías «ultras» no es, ni mucho menos, privativo de los Estados Unidos; parece que las hay en China (lo que se sospecha del supuesto golpe de Estado de Lin Biao y su muerte cuando escapaba a la URSS), dispuestas también a aprovechar las circunstancias para dar su salto atrás, como las hay también en la URSS. Estas minorías se distinguen por su estrechez de miras, por su defensa de la «doctrina» que les parece inmanente e incluso, en el caso de los Estados Unidos, por la vía de un razonamiento que ya hizo suyo Goldwater, que fue su gran representante en la selección para la sucesión a Kennedy: si el terreno seguro de los Estados Unidos es la fuerza, ¿por qué conducir la política por otro que no es seguro, como el de la negociación? El fallo esencial de ese razonamiento es, claro, que el terreno seguro de los Estados Unidos no

e. haro tecglen



Los veteranos de guerra, que se encerraron dentro de la Estatua de la Libertad en señal de protesta, son obligados a desalojarla.

es el de la fuerza. Una sucesión de errores semejante pareció producirse en la Alemania de los años 1918 a 1945: los fuertes acusaron a los débiles (a los políticos) de haberse entregado cuando la «guerra podía ser ganada» (fue la tesis del «cuchillo en la espalda»), de donde sobrevino el nazismo y la política de fuerza que llevaría al orgullo de hacer la guerra al mundo entero y, finalmente, a la derrota y al desmembramiento del país. Los Estados Unidos se aproximan frecuentemente a la situación de negociación —como China, como la Unión Soviética— en circunstancias de necesidad y obligación: es decir, cuando la política de fuerza es insostenible. Piensa uno, inevitablemente, en el estado del mundo si estas últimas realidades se hubiesen aceptado desde un principio, si la coexistencia con la URSS no podía haberse establecido desde el final de la segunda guerra mundial —por la línea de Roosevelt y no por la de sus herederos, Churchill-Truman—, si el reconocimiento de

China se hubiera hecho en el año de su proclamación como República Popular; si Francia hubiera admitido a tiempo la independencia de Indochina y la de Argelia, si los Estados Unidos hubieran comprendido el alcance de la revolución cubana cuando aún Castro no había dicho: «Yo soy marxista-leninista»... Pensamientos inútiles, que se pierden en el terreno sin límites de la ucronía, de la predicción del pasado, pero que pueden llevar a la conclusión de que el empleo de la fuerza sólo se prescinde —por ahora, y en tanto que haya una evolución muy profunda de las mentalidades— cuando se ha demostrado que la fuerza no es suficiente.

LA idea de que Johnson o Nixon —este último con su largo historial de guerra fría en la época de su vicepresidencia con Eisenhower— son abandonistas, pactantes o traten de rechazar el uso de la baza militar por miedo a la guerra, es aberrante, y sólo puede brotar por su comparación con el «pathos» de Goldwater o de Agnew; la idea de que el empleo de la fuerza que han intentado les ha dado mal resultado es más justa. Ciertamente, hay factores políticos, pero estos factores políticos se convierten fácilmente en militares. Está claro que la potencia militar —nuclear— de los Estados Unidos es suficiente para acabar con la resistencia de Vietnam y de toda Indochina si se emplea a fondo y sin límites políticos; pero esos límites políticos implicarían una situación militar con la URSS y con China cuyo final no sería tan fácil de predecir. Esta eventualidad es la que niegan los «ultras»: creen que ni China ni la URSS se aventurarían a una guerra con los Estados Unidos por Vietnam, como no se aventuraron, por ejemplo, en Santo Domingo, o como los Estados Unidos no la iniciaron por Hungría o por Checoslovaquia; es posible, pero el riesgo de que no sea así es tal que no se puede intentar. Pero algunos políticos del tipo Nixon tratan de no dejarse desbordar por sus propios «ultras». Lenin pudo decir una vez que no toleraba a nadie a su izquierda; Nixon podría decir que no tolera a nadie a su derecha y ello le lleva muy frecuentemente a adoptar posiciones que contradicen su línea política. Si se deja arrastrar, puede llegar a su propia perdición.

TODO esto deja enteros los dos misterios de la operación contra Vietnam del Norte: porque se inició repentinamente sin que nada lo hiciera sospechar, por qué, repentinamente también, se ha suspendido, aunque el secretario de Defensa haya dicho que puede reanudarse «en cualquier momento». Cabría suponer que en el juego interior los «ultras» consiguieron desencadenarla, Nixon consiguió contenerla. Cabría, también, la suposición de que ha sido un tanteo sobre China, para ver hasta dónde llega su tolerancia, y que una reacción china ha obligado a cesarlos. O quién sabe si en este caso la presión ha sido soviética... Quizá un día se sepa, quizá no. Sobre todo, habrá que esperar cuál es la continuidad de los acontecimientos.

Los aviones USA reciben su carga en el aeródromo de Da Nanang, en el quinto día de bombardeos sobre Vietnam del Norte.

